

Prefacio

CARMEN BERNAND

La edición francesa del libro de Erwan Dianteill salió a luz en el año 2000. Desde aquella fecha un tanto lejana, el autor, profesor de la Universidad Paris Descartes-Sorbonne, escribió numerosos textos centrados en los ritos y cultos de origen africano así como en los aspectos sociológicos del fenómeno religioso; dirigió maestrados y tesis doctorales en Francia, fue profesor visitante en La Habana pero también en Harvard, estuvo en Fortaleza (Brasil) confrontando sus conocimientos adquiridos en el Caribe con las realidades del nordeste brasileño; realizó un prolongado trabajo de campo en la República de Benín que dio lugar a un libro publicado allí, *L'Épiphanie de Porto-Novo*, que reúne textos históricos y etnográficos en versión Gun y en francés, publicado en 2017. Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido desde la publicación que hoy podemos leer en español, aquel trabajo sobre las religiones afrocubanas sigue siendo pertinente para todos los que se interesan por las manifestaciones culturales de los descendientes americanos de los doce millones de esclavos africanos llegados al nuevo Continente desde el siglo XVI hasta mediados del XIX. Además, el lapso de tiempo transcurrido entre sus observaciones etnográficas y la actualidad política cubana, vuelve más interesante el contexto histórico de la época, la de la Cuba revolucionaria de Fidel Castro confrontada a la cuestión religiosa y a la diversidad étnica. De ahí la importancia de la publicación en español para la difusión de ese estudio en América Latina. Me agrada personalmente que la iniciativa haya venido de la Universidad Complutense de Madrid. Este prólogo no se propone resumir los capítulos de este libro, sino señalar algunos aspectos de ese trabajo, que, en mi opinión, son fundamentales para los jóvenes antropólogos y sociólogos del siglo XXI, y recordarles, de paso, que las ciencias sociales son acumulativas y por lo tanto no pueden reducirse a las exigencias “presentistas” de las evaluaciones, y a la normalización lamentable de los textos, un procedimiento que merece retomar los ya antiguos análisis de Michel Foucault.

En primer lugar, hay que recalcar la importancia fundamental de los contextos históricos para la comprensión de los fenómenos “tradicionales”, es decir, aquellos tratados por los antropólogos. Los cultos descritos en este libro son el resultado de un trabajo etnográfico realizado por un extranjero en un país que era en aquel entonces, de acceso complicado, en el cuál tuvo la oportunidad de vivir con los cubanos y no en un hotel reservado a los turistas, desplazándose como ellos, comiendo en los “paladares” populares y dando también algunas clases de sociología para los estudiantes. La inmersión en la sociedad estudiada, la observación minuciosa de los comportamientos, el interés por *todos* los actores y no sólo por aquellos que se erigían en los intérpretes idóneos de los hechos, el interés por el entorno material, los objetos, los sonidos, y los gestos –Erwan Dianteill es también un lector de Marcel Mauss al cuál ha dirigido un libro colectivo, *Marcel Mauss, en théorie et en pratique. Anthropologie, sociologie, philosophie* (Paris, Archives Karéline, 2014)–, son algunos aspectos de la etnografía, sin la cuál no hay interpretación sólida, sobre la cuál se funda este trabajo. Pero esos datos, para emplear el término corriente que define la colecta etnográfica, son el resultado de una tensión política muy fuerte, que puede resumirse someramente en dos proposiciones: todas las religiones, ya sea el catolicismo romano, ya sean las santería, palos santos y “reglas” de los descendientes africanos, son, según Marx, el opio de los pueblos; en una sociedad sin clases, la “raza” no tiene cabida. Con razón, Dianteill incluye los conflictos entre la Cuba castrista, en su fase más tensa, y el Vaticano, mostrando así que no se puede separar lo afrocubano de la religión dominante. Esas tensiones, desde luego, no se expresan con la misma fuerza a lo largo de la historia de la Revolución cubana. Por otra parte, no hay que olvidar que las religiones afrocubanas son esencialmente populares, y que gran parte del pueblo apoya el régimen castrista, pero no puede resolverse a abandonar sus ritos. Quizás los lectores recuerden aquel film sobre la música cubana, *Buena Vista Social Club*, en el cuál aparece la figura señera de Ibrahim Ferrer, entrevistado en su casa, en presencia de elementos típicos de santería.

Un segundo punto de gran importancia es la iniciación personal de Erwan Dianteill a la dignidad de *babalao*, sacerdote de la regla de Ifá, una de las religiones de Cuba, de tradición Yoruba, que comparte el espacio religioso con el espiritismo, la santería y el palo santo bantú. Este hecho poco banal da un gran valor a sus análisis relativos al tema iniciático. Por otra parte, para entender las fórmulas rituales, Erwan Dianteill aprendió yoruba en el Institut des Langues Orientales de Paris. El autor nos explica cómo pudo integrarse

en ese mundo relativamente cerrado de los cultos, así como las razones subjetivas que le hicieron rechazar la violencia de los “paleros” y preferir la Regla de Ifá, más conforme con su personalidad y sus aspiraciones, lo cuál no le impidió estudiar también a los otros grupos religiosos, y en particular a los adeptos de Palo santo, unidos en una comunidad identitaria al grito de “¿Somos o no somos?”, en uno de los pasajes más sorprendentes del libro.

En tercer lugar –y es quizás el aspecto más original de ese estudio– el autor señala la importancia de la escritura en la transmisión de la tradición. Todavía en esa época, el material “occidental” inserto en la etnografía se descartaba o se minimizaba, como inauténtico, ya que la antropología era principalmente la ciencia que estudiaba las sociedades de la oralidad. En Cuba, los oficiantes tenían libretas, en las cuáles indicaban lo que para ellos era lo fundamental del culto, para no olvidarlo. Esas libretas eran personales y por lo tanto variaban en función del que las redactaba. Los manuales, en cambio, circulaban, y siguen circulando, para brindar una información general sobre los cultos y sus divinidades. Junto a esos textos, los cubanos utilizaban a los primeros etnógrafos y escritores, que brindaban detalles que se habían diluido o deformado con el tiempo. El autor brinda numerosos ejemplos de esos escritos, y reproduce algunos, que existían por lo menos en el siglo XIX, como en la famosa conjuración de Aponte, y señala la importancia de la alfabetización anterior a las campañas organizadas por la revolución cubana. La escritura no podía ser un “detalle” o un “accidente”, en la reproducción de los cultos; por otra parte, su presencia transforma la oralidad e introduce una jerarquía basada en el manejo de la palabra escrita, y por lo tanto normativa.

La utilización de textos existe también en el mundo rural e indígena de América Latina, y es tal el prestigio de los libros que la gente del campo prefiere remitir a ellos al antropólogo. El tema de la palabra escrita en los pueblos dominados, como los esclavos y también los libertos y los pardos, tratado aquí con mucha pertinencia, merecería una reflexión más general. Desde el siglo XVI, siempre hubo individuos capaces de leer y escribir. Los mulatos, esclavos o libres participaban activamente en los espectáculos musicales, ya sea en el ámbito de las iglesias y de las residencias virreinales, ya sea en las fiestas públicas de las cofradías, y, por supuesto, en los “oratorios” y otras reuniones privadas dedicadas a sus cultos. Aquellos que se destacaban en los espectáculos religiosos y en los coros o capillas de las iglesias se apoyaron también en un tipo de escritura musical, imprescindible para la ejecución de misas cantadas o simplemente, de melodías en boga. Un caso notable fue el del mulato José Onofre Antonio de la Cadena, un “plebeyo ilustrado” perua-

no, según Juan Carlos Estenssoro Fuchs, que exhumó de los archivos y editó en 2001 un manual de teoría musical, escrito en 1763, seguido de un texto didáctico, llamado “Diálogo cathe-músico”. En el Rio de la Plata, a fines el siglo XVIII, los documentos mencionan a mulatos o pardos que ayudan a sus congéneres redactando para ellos, mediante una pequeña remuneración en algunos casos, las solicitudes necesarias para pedir cambio de amo o denunciar abusos. Sin introducir aquí una bibliografía extensa que se amplía de año en año, me limitaré a citar los escritos del mulato Jacinto Ventura de Molina, relativos a los Congos de Gunga de Montevideo, o la autobiografía y los poemas de Juan Francisco Manzano, esclavo cubano de la primera mitad del siglo XIX¹.

Los manuales y otros sistemas para memorizar los momentos más importantes de los ritos no impidieron ni impiden la permanencia de concepciones africanas relativas a la persona, que en el mundo Yoruba es múltiple, contrariamente a la que prevale (o se supone que prevale, eso habría que discutirlo) en el mundo occidental. Las diferentes concepciones anímicas están ligadas a órganos o partes del cuerpo humano: cabeza, soplo, sombra, corazón, piernas... que corresponden a determinados *orichás*. Esa topografía fragmentada, natural y metafísica a la vez, es fundamental para entender las religiones afro-americanas. Es también un punto de unión entre los africanos desterrados y los indígenas americanos, como lo muestra el caso de la “sombra”, concepto corriente entre muchos pueblos autóctonos. A lo largo de su libro, el autor introduce puntos de comparación entre los cultos cubanos y los que se celebran en Brasil, sobre todo en Bahía, el Estado más africano de ese país sobre el cuál hay una gran documentación etnográfica, literaria y artística, como las fotografías de Pierre Verger, o las acuarelas de Carybé. En ambos casos, como lo señala E. Dianteill, la deportación significó una ruptura violenta con el alma ancestral, la más importante de las entidades espirituales, privilegiando el rol de los *orichas* en la construcción de una nueva identidad afroamericana. Podemos sugerir, sobre la base de las referencias históricas, y en particular, del tratado del jesuita Antonio de Sandoval, *De instauranda Aethiopum Salute* (1627)², que la reconstrucción étnica efectuada en América

¹ Ambos textos han sido publicados por Iberoamericana Vervuert, Colección *Textos recobrados*, en 2007 el de Juan Francisco Manzano, y en 2010, el de Ventura de Molina. El libro de Erwan Dianteill es anterior a ellos.

² Editado por Enriqueta Vila Vilar en Alianza editora, Madrid, 1987, con un excelente estudio preliminar, bajo el título de *Un tratado sobre la esclavitud*.

fue en cierto modo arbitraria, puesto que uno de los criterios más importantes para organizar la masa servil en “naciones” fue el puerto negrero de procedencia. Por otra parte, las lenguas bantúes (o una versión “general”) fue utilizada por los jesuitas de Cartagena para convertir a los negros infieles. El caso de los Congos, como “nación” colonial, es una manera de ancestralizar a los miembros de ese grupo, atribuyéndoles un origen común. En un bello texto, “Les Amériques kôngo, Brésil, Cuba, Haiti”, incluido en el catálogo del Museo Dapper de Paris de 2002, *La Geste kôngo*, Dianteill nos invita a confrontar las dos grandes tradiciones africanas, la Yoruba, considerada como superior, y la Congo, la más difundida en toda América, y también la más rebelde, que se manifiesta no sólo en los ritos religiosos, que no excluyen referencias católicas, sino también, en la importancia atribuida a sus “reyes”, que los eleva, dentro de los diversos grupos étnicos, a un rango superior, y que trascienden con sus famosas *congadas* las barreras de color y los prejuicios. Aquí no estamos exactamente en las santerías o en los candomblés, sino en otro aspecto de un mundo cultural que impregna la sociedad dominante, y que sigue siempre de actualidad.

El libro de Erwan Dianteill, por su metodología exigente, por la riqueza de su documentación, que brinda también una imagen poco conocida de la historia política reciente de Cuba, así como por la claridad de su estilo, abre numerosas pistas de reflexión no sólo para los especialistas de las sociedades afroamericanas sino para todos los que se interesan por los fenómenos religiosos y por las raíces místicas de los pueblos latino-americanos.

Carmen Bernard